

mas sencilla. Aquel antro pestilente comenzó á ser el terror del ejército, y los soldados preferían perecer de frío al aire libre, que ser enterrados en vida en medio de los muertos. Fuera aquello efecto de la inevitable necesidad ó de la avaricia de los hombres, es lo cierto que murieron miserablemente muchos valerosos soldados que con un poco mas de esmero habrían podido vivir para defender á su patria.

Nada podía igualar ciertamente á los padecimientos que tuvo que sufrir el ejército americano durante todo aquel crudo invierno, pero fué admirable la resolución y sobrehumana firmeza que demostraron en aquella ocasion. Es verdad que, seducidos algunos por los realistas, desertaron de sus banderas, pasándose al ejército inglés que estaba en Philadelphia, pero todos ellos eran en su mayor parte europeos que habían entrado en el servicio continental. Los verdaderos americanos, escitados por su patriotismo y su profunda veneración hacia Washington, dieron pruebas de una invencible perseverancia, prefiriendo sufrir todos los rigores del hambre y del frío, que faltar en aquella hora de peligro á la fé que habían jurado á su país. Si Howe hubiera tenido un carácter bastante emprendedor para atacar al enemigo en aquella época, las consecuencias habrían sido desastrosas, pues sin almacenes militares y sin víveres, ¿cómo hubieran podido los patriotas defender sus atrinchamientos? Además, formar el campamento en mitad de aquella estacion rigurosa, era cosa absolutamente imposible para ellos, y en prueba de esto baste decir que en 1.º de febrero de 1778 había cuatro mil hombres completamente inútiles para toda clase de servicio, por estar desnudos, no siendo mucho mejor la situación de los demás. En una palabra, de los once ó doce mil hombres que

había en el campamento, apenas se habían podido reunir cinco mil para entrar en servicio.

Al lector le habrá sorprendido seguramente que el ejército pudiera carecer de víveres en un país donde abundan toda clase de provisiones, mas unas cuantas palabras bastarán para explicar este hecho. Al empezarse la guerra habíase conferido el cargo de comisario general al coronel Trumbull, de Connecticut, un caballero que á pesar de sus recomendables circunstancias para tan importante cargo, no pudo evitar que á causa de la dificultad de arreglar aquel complicado departamento, se produjeran repetidas quejas sobre la falta de provisiones. El Congreso tomó en consideración este asunto, pero el remedio aplicado solo sirvió para agravar el mal, y el sistema no pudo perfeccionarse hasta mediados del verano, en cuya época, no conformándose el coronel Trumbull con el arreglo introducido en el servicio, presentó la dimisión de su cargo. Según el nuevo plan, disponíase entre otras cosas que se pusieran á la cabeza del departamento varios oficiales subalternos nombrados por el Congreso, con la condición de que los cargos que aquellos ocupasen serían inamovibles, lo cual se hizo contra el parecer del comandante en jefe, siendo esto también la causa de que el coronel Trumbull abandonase el ejército. El Congreso sin embargo persistió en seguir adelante con el nuevo sistema, y no tardaron en sentirse sus consecuencias. En todos los distritos militares del continente produjéronse repetidas quejas por la falta de víveres; los ejércitos tuvieron que suspender con frecuencia sus marchas por este motivo, y habiéndose hecho por último representaciones al comandante en jefe y al Congreso, éste autorizó á Washington para que se apoderase de

cuantos víveres se encontraran en setenta millas á la redonda, pagándolos en dinero ó en certificados. Esta violenta medida produjo aun peor efecto, porque el gobierno no pudo hacerse con fondos para recoger los certificados cuando se presentasen al cobro, mientras que los víveres que se llevaban á Philadelphia se pagaban en moneda corriente y á muy buen precio. La tentación era demasiado grande para resistir á ella, y tal fué la destreza y cautela de los habitantes para eludir las leyes, que á pesar de la vigilancia ejercida por las tropas en todas las líneas, eran muchos los que conseguían llevar abundantes provisiones al ejército inglés que estaba en Philadelphia. Escitado Washington por el Congreso, publicó una proclama disponiendo que todos los labradores que vivieran en un radio de setenta millas desde Valley Forge, suministrasen la mitad del grano que tuvieran el 1.º de febrero, y el resto el 1.º de marzo, bajo la pena de perderlo todo si no cumplían con la orden. Muchos labradores y arrendatarios defendieron sus graneros y su ganado con las armas en la mano, y en algunos casos quemaron lo que no podían salvar.

Fácilmente se comprenderá cuán profundo era el disgusto de Washington al pensar en las miserias del ejército, pero nada le condolía tanto como ver cuán perniciosos ejemplos se daba á sus soldados, pues los oficiales declaraban abiertamente que no querían continuar en el servicio, y muchos de ellos, abandonando el ejército, se habían vuelto ya á sus casas. Este contratiempo se debió principalmente á que el papel moneda iba perdiendo su valor á consecuencia del excesivo número de certificados que se espidieron, en tanto que el precio de todos los artículos de consumo, tanto por esta razón como por las dificultades del comercio, aumentaba tan

prodigiosamente, que los oficiales, lejos de poder vivir conforme lo exigía su rango, apenas tenían con que atender á su subsistencia. Algunos de ellos no contaban ya con recursos; otros habían contraído considerables deudas, y era evidente que á menos que se tomase alguna medida para impedirlo, el ejército se vería bien pronto privado de sus mejores y mas entendidos oficiales.

Washington no perdonó esfuerzo alguno para remediar el mal, y después de escitar amistosamente á sus oficiales á que tuviesen un poco de paciencia, recomendó al Congreso con la mayor eficacia que adoptase las medidas mas oportunas para arreglar aquella cuestión (*). El comandante en jefe propuso entre otras cosas que terminada la guerra, se asegurase á los oficiales, bien como sueldo fijo para toda la vida, ó por un tiempo limitado, la mitad de la paga que disfrutaban en activo servicio, y alegando que en este punto no obraba por interés personal, dijo entre otras cosas que era fácil hablar de patriotismo y citar ejemplos en la historia antigua de hombres que habían llevado á cabo grandes empresas desinteresadamente; pero que el contar con los sacrificios individuales para sostener una prolongada y sangrienta guerra era forjarse una ilusión; que el amor al país había hecho grandes cosas desde el principio de la revolución, pero que si se quería terminar esta felizmente, hacía necesario el incentivo del interés y la esperanza de una recompensa.

El Congreso se mostró al principio muy poco dispuesto á prestar su aprobación á las proposiciones del comandante en jefe, bien porque las juzgara demasiado extraordinarias, ó porque creyese que aquello sería una carga muy pesada para el Estado, ó ya en fin porque pensara que las concesiones de

(*) *Vida de Washington*, por Sparks, págs. 258-63.

tierras á los oficiales y soldados debian satisfacer los deseos de hombres de reconocida moderacion. Sin embargo, en la primavera de 1778, sometiéndose el Congreso á lo que le parecia ya una necesidad, dispuso que se satisficiera media paga á los oficiales por toda la vida, reservándose no obstante el derecho de fijar este sueldo solo por seis años cuando lo juzgare oportuno. Poco tiempo despues de haberse adoptado tal resolucion, volvióse á discutir el mismo punto y se acordó por último que la media paga á los oficiales se concederia solo por siete años, á contar desde la terminacion de la guerra. Estas medidas, aunque muy oportunas, no se llevaron á cabo sino despues de mucho tiempo, por lo cual no produjeron inmediatos resultados, con tanto mas motivo, cuanto que doscientos oficiales de verdadero mérito se habian retirado del servicio, viniendo esto á probar que cuando se tarda en conceder un beneficio, este pierde la mayor parte de su valor y deja de apreciarse por las personas que debian disfrutar de él.

Parecia natural que teniendo Washington tantas cosas á que atender en su difícil situacion, despues de haber experimentado graves disgustos, no tendria ya que sufrir nuevas pruebas, pero á Washington le sucedió lo que sucede siempre á todo hombre grande y de nobles sentimientos cuando tiene que luchar con una sociedad envidiosa y maligna. En rigor podia decirse que los hechos de armas del comandante en jefe y sus operaciones militares no habian sido en apariencia muy felices, puesto que siempre se vió obligado á retirarse ante un poderoso enemigo, en tanto que Nueva-York y Philadelphia caian en poder de los ingleses, sin que se hubiese hecho nada notable durante toda la guerra bajo la direccion inmediata de Washington. Por otra parte, la victoria

de Saratoga habia coronado de gloria al general Gates eclipsando el celo patriótico de Washington, tanto porque era la primera obtenida sobre el enemigo, cuanto porque esta victoria influyó poderosamente en el porvenir de los Estados-Unidos. No es extraño pues que los hombres envidiosos hiciesen odiosas comparaciones entre el héroe de Saratoga y el comandante en jefe, ni es de admirar tampoco que Washington fuese el blanco de las intrigas de los descontentos que en la virtud y nobleza de aquel hombre generoso encontraban un obstáculo invencible para satisfacer sus ambiciosas miras.

Hasta llegó el caso de que se atentase contra la reputacion de Washington, y el complot que se formó con este objeto recibió el nombre de la *Cábala de Conway*, en la cual tomaron parte el general Gates y el general Mifflin, por parte del ejército, y Samuel Adams y otros miembros del Congreso. Gates y Mifflin, resentidos por no sabemos qué, estaban indispuestos con Washington, y Conway, hombre de carácter intrigante, hallábase disgustado porque no se le concedió el destino de inspector general. Adams y otros miembros de la Cámara de Nueva-Inglaterra habian llevado siempre á mal que se nombrase á Washington comandante en jefe, y al tener noticia del éxito obtenido por el ejército del Norte sin la intervencion de Washington, los descontentos no vacilaron ya en demostrar su disgusto y entonces comenzaron á circular los anónimos en que se atribuia el mal éxito de la campaña á la incapacidad de Washington, haciendo insinuaciones y produciendo quejas contra el comandante en jefe.

No se le ocultaba á Washington que sus enemigos trataban de hacerle daño, pero no quiso dar paso alguno hasta despues de ob-

tenida la victoria de Saratoga. Al dirigirse Wilkinson al Congreso para comunicarle la noticia de aquel acontecimiento, divulgó el contenido de la carta que escribiera Conway á Gates, que despues llegó á conocimiento de Washington por conducto de Lord Stirling, y entonces se siguió una correspondencia que es digna de leerse porque demuestra de una manera algo trasparente cuánta era la dignidad y rectitud del padre de la patria y cuánta la confianza y veneracion que inspiraba á su pais.

Mr. Laurens, presidente del Congreso, recibió primeramente uno de los anónimos de que hemos hablado, y poco despues se remitió otro á Patricio Henry, gobernador de Virginia, pero ambos señores enviaron las cartas directamente á Washington. Reproducimos la dirigida á Henry porque da á conocer de qué modo se trataba de perjudicar la reputacion del comandante en jefe.

«Yorktown, 12 de enero de 1778.

»MUY SEÑOR MIO: No tuve el gusto de conoceros hasta el momento en que un peligro comun amenazaba á nuestro pais, y recuerdo con placer cuánta influencia tuvieron vuestras palabras en la opinion de todos al principio de nuestra controversia con la madre patria. Primeramente nos enseñasteis á sacudir el yugo de la Corona y á eludir su dominacion proclamando nuestras libertades, y por ese medio hemos evitado la ruina de todo un pueblo. La independencia de América es la primavera de esa libertad de pensar y obrar que sucedió á la destruccion de los cetros de los reyes y á la dominacion de la Gran Bretaña.

»Pero, caballero, no hemos hecho mas que atravesar el Mar Rojo; ante nosotros se estiende ahora un inmenso desierto, y si no se presentan un Moisés ó un Josué para pres-

tarnos su apoyo, pereceremos antes de llegar á la tierra prometida, aun cuando no tengamos ahora nada que temer de nuestros enemigos. Ciertamente es que el general Howe ha tomado á Philadelphia, pero solo ha conseguido con esto cambiar de prision porque se halla cercado por todas partes. Aunque la América solo puede ser destruida por sí misma, busca proteccion en sus Consejos y en su ejército; mas ¡ay! ¡qué han quedado reducidos estos! Su representacion en el Congreso reside solo en veinte y un miembros, de los cuales faltan ya los Adams, los Wilson y los Henry y el ejército no tiene ya mas jefe que un Mayor general que no conoce ó descuida por completo la disciplina. En los departamentos militares predomina el abandono y la ignorancia, y en nuestros hospitales se encuentran seis mil enfermos que carecen de todo lo mas necesario, hasta el punto de que en un mes perecen allí mas hombres de los que se han perdido durante toda la campaña.

»El papel moneda va perdiendo su valor sin que se tomen medidas para evitarlo; el pais está entretenido con las tentativas de Don Quijote para regular el precio de los viveres; bien pronto comenzarán á sentirse los efectos del hambre; el pueblo está abatido porque todos reconocen la causa de nuestras desgracias, y por último, son muchos los que se pasan al general Howe y no pocos los que tratan de imitarlos á fin de sustraerse á las calamidades que amenazan al pais. Pero, ¿es desesperada nuestra situacion? De ningún modo. Tenemos sabiduría, fuerza y virtud *suficiente* para salvarnos si nos resolvemos á obrar, pues el ejército del Norte nos ha demostrado lo que los americanos son capaces de hacer teniendo un buen general á su cabeza. El espíritu de las tropas del Sur no es en nada inferior al de las del